

843
2.

PQ 3007
.Q2
S6
v.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
CUARENTA Y CINCO.

I.

El priorato de los Dominicos.

El priorato con que el rey había recompensado á Gorenlot sus leales servicios, y sobre todo su brillante facundia, estaba situado como á dos tiros de arcabuz de la puerta de San Antonio.

El barrio de este nombre era en aquella época muy frecuentado por la nobleza, pues el rey visitaba con frecuencia el castillo de Vincennes, llamado entonces Bosque de Vincennes..

Algunas casas de campo pertenecientes á personajes de la corte, con encantadores jardines y

magníficos patios, rodeaban por todas partes aquel castillo, sirviendo de citas campestres, de las cuales estaba cuidadosamente excluída la política, á pesar de la manía de discutir que aquejaba á todos los ciudadanos.

De aquellas idas y venidas de la corte resultaba que el camino, proporcionalmente hablando, tenía toda la importancia que ha adquirido en nuestros días el paseo de los Campos Elíseos.

Aquella posición, como puede presumirse, convenía perfectamente al priorato, que se elevaba soberbio á la derecha del camino de Vincennes.

Dicho priorato era un cuadrilátero de edificios, que contenía un extenso patio, en el cual crecían muchos árboles; una huerta detrás de los edificios y una multitud de dependencias que le daban el aspecto de un pueblo de provincia.

Doscientos religiosos dominicos ocupaban sus celdas, situadas en la extremidad del patio paralelo al camino.

En su fachada, cuatro grandes ventanas y un balcón de hierro que las abrazaba completamente, difundían en todas las habitaciones del priorato el aire, la luz y la vida.

Semejante á una ciudad que teme ser sitiada, reunía en sí mismo el priorato todos los recursos que podía necesitar en los territorios tributarios de Charonne, de Montreuil y de Saint-Mandé. Sus pastos mantenían un rebaño que nunca bajaba de cincuenta bueyes y de noventa y nueve carneros, pues las órdenes religiosas, ya fuese por tradición ó por alguna ley escrita, nada podían poseer en cantidad que llegase al número de ciento.

En otro edificio separado se criaban asimismo noventa y nueve cerdos de una especie particular, que con especial cuidado y no con poco amor propio cebaba un tocintero elegido por el mismo don Modesto.

El tal tocintero había merecido aquel alto honor, gracias á las exquisitas salchichas, á las orejas rellenas y á las morcillas encebollinadas que en otro tiempo trabajaba para la hostería del *Cuerno de la Abundancia*, porque reconocido don Modesto á los buenos ratos que le proporcionaran aquellos manjares en casa de maese Bonhommet, pagaba de aquel modo las deudas del hermano Gorenflot.

Es inútil hablar de la repostería y de la bodega. La espaldera del jardín, expuesta al aire de Levante

y al sol de Mediodía, proporcionaba albróchigos, melocotones y uvas incomparables: además de esto, un hermano llamado Eusebio, autor del famoso castillo de dulces que el ayuntamiento de París había ofrecido á las dos reinas en el último banquete de ceremonia, preparaba deliciosas conservas de aquellas frutas, y pastas dulces de un mérito indisputable.

En cuanto á la bodega, el mismo Gorenflot se había tomado el trabajo de proveerla vaciando al efecto todas las de Borgoña, porque entre todos los verdaderos mojonos pasaba por axioma el principio de que sólo el néctar de aquel departamento podía llamarse vino con toda propiedad.

En aquel priorato, verdadero paraíso de perezosos y glotonos, en aquella habitación suntuosa del primer piso, cuyo balcón daba vista al camino real, es en donde vamos á encontrar á Gorenflot, adornado con su correspondiente papada y con esa especie de venerable gravedad que la costumbre de la quietud y del bienestar comunica á las fisonomías más vulgares.

Ataviado con su manto blanco como la nieve y con su escapulario negro, Gorenflot no tenía tanta

libertad en sus movimientos, como cuando usaba el hábito gris de simple fraile, pero aparecía mucho más majestuoso.

Su mano, semejante á una pierna de carnero, se apoyaba sobre un *in-cuarto* cubriéndole enteramente; sus pies descansaban en un brasero y sus brazos parecían demasiado cortos para abarcar su vientre.

Acaban de dar las siete y media de la mañana; el prior es el último que ha abandonado el lecho, aprovechándose de la regla que concede al jefe una hora más de sueño que á los demás frailes: pero continúa haciendo del día noche, repantigado en un gran sillón con orejeras y tan blando como un colchón de plumas.

El ajuar del aposento en que nuestro digno prior bosteza, es más mundano que religioso: una mesa de pies circulares y cubierta con rico tapete, cuadros galantes de religión, mezcla singular de pinturas amorosas y devotas, que sólo dió á luz aquella época, vasos preciosísimos de altar ó de mesa en bellos aparadores, magníficas cortinas de brocado veneciano, más vistosas, no obstante su vejez, que las más preciosas telas modernas; hé ahí el por-

menor de las riquezas que posee don Modesto Gorenflot, por la gracia de Dios, del rey, y sobre todo de Chicot.

Dormía, como hemos dicho, el prior en su cómoda poltrona, en tanto que el sol se presentaba á hacerle su visita cotidiana acariciando con sus dorados resplandores los tonos purpurinos y anacarados del rostro de aquel durmiente.

Abrióse la puerta de la habitación con la mayor suavidad, y entraron dos frailes sin despertar á su superior.

Era el primero un hombre como de treinta á treinta y cinco años, flaco, pálido, y encorvado bajo la flotante túnica de dominico; erguía sin embargo su altiva frente; su mirada, desprendida como un rayo de sus ojos de halcón, daba órdenes antes que su lengua produjese un sonido, y con todo se dulcificaba notablemente por medio de sus largas pestañas blancas que al juntarse hacían resaltar las anchas orejas que las cercaban.

Pero cuando sus pupilas negras brillaban entre aquellas espesas pestañas y el marco salvaje de sus órbitas, semejaban al relámpago que estalla rasgando los pliegues de dos nubes rojizas.

Aquel religioso se llamaba el hermano Borromeo, y hacía tres semanas que era tesorero del convento.

Su compañero podía tener diez y siete ó diez y ocho años; sus ojos eran negros y vivarachos, su fisonomía atrevida, puntiaguda su barba, y su estatura pequeña, aunque proporcionada; iba con las anchas mangas del hábito levantadas y dejaba ver con orgullo dos brazos nervudos, siempre dispuestos á accionar.

— El prior duerme todavía, hermano Borromeo, — dijo el más joven de los frailes al otro. — ¿Le despertaremos?

— Guardémonos de ello, hermano Santiago, — contestóle el tesorero.

— Lástima es, — repuso el primero, — que tengamos un prior tan dormilón, porque hubiéramos podido ejercitarnos esta mañana en el manejo de las armas. ¿Habéis reparado qué hermosas corazas y magníficos arcabuces tenemos?

— ¡Silencio, hermano! — que pueden oiros.

— ¡Qué desgracia! — exclamó el joven religioso dando una patada cuyo ruido ahogó el tapiz.

— Sí, es una verdadera desgracia, porque hace

un tiempo tan precioso, está tan seco el patio, y nos ejercitaríamos en él con tanto gusto, hermano tesorero...

— Es preciso esperar, hermano mío, — dijo el hermano Borromeo con hipócrita humildad desmentida por el fuego de sus miradas.

— Pero ¿ por qué no mandáis que se distribuyan las armas? — replicó impetuosamente Santiago levantando las mangas que habían vuelto á cubrir sus brazos.

— ¡ Mandar yo !

— Sí, vos.

— Ya sabéis, hermano mío, que yo no mando aquí, — observó Borromeo compungido. — ¿ No estáis viendo á nuestro superior ?

— Sí, en efecto; le veo dormido en su poltrona en tanto que todo el mundo vela, — dijo Santiago con voz menos respetuosa que impaciente. — ¡ Vaya un superior !

Y una mirada de soberbia inteligencia procuró penetrar hasta el fondo del corazón del hermano Borromeo.

— Respetemos su rango y su sueño, — añadió éste adelantándose hacia el centro de la estancia,

aunque con tan poca precaución que al pasar derribó un taburete.

Aunque el tapiz amortiguó algún tanto el estrépito causado por la caída de este mueble, como había evitado que se oyese el ruido de la patada del hermano Santiago, don Modesto hizo un movimiento y se despertó.

— ¿ Quién está ahí? — exclamó con el tono asustadizo de un centinela medio dormido.

— Señor prior, — respondió el hermano Borromeo, — perdonadnos si hemos turbado vuestra devota meditación; vengo á recibir vuestras órdenes.

— ¡ Ah! Buenos días, hermano Borromeo, — dijo Gorenflot inclinando ligeramente la cabeza.

Y después de un momento de reflexión, durante el cual era evidente que acababa de poner en tormento su memoria, añadió guiñando tres ó cuatro veces los ojos:

— ¿ Qué órdenes ?

— Las que gustéis respecto á las armas y las armaduras.

— ¡ Á las armas y á las armaduras ! — repitió Gorenflot.

— Sin duda: vuestra señoría ha mandado que se trajesen al convento...

— ¿Y á quién se lo he mandado?

— Á mí.

— ¿Á vos? ¿Yo he pedido armas... yo?

— Sí, señor prior, — insistió Borromeo con firmeza.

— ¡Yo, yo! — gritaba don Modesto con un asombro imposible de describir. — ¿Y cuándo he mandado eso?

— Hace ocho días.

— ¡Ah! sí, hace ocho días... pero, ¿con qué objeto he mandado traer armas?

— Me dijisteis, señor... y estas fueron vuestras mismas palabras: Hermano Borromeo, será muy conveniente que nos procuremos los medios necesarios para armar á nuestros hermanos los frailes, porque los ejercicios gimnásticos desarrollan las fuerzas del cuerpo, así como las exhortaciones piadosas las del alma.

— ¿Dije eso?

— Sí, reverendo prior, y yo, hermano obediente aunque indigno, me he apresurado á cumplir vuestras órdenes haciéndome con las armas necesarias.

— ¡Vaya una cosa extraña! — murmuró Gorenflot; — pues no me acuerdo absolutamente de semejante cosa.

— También añadisteis, reverendo prior, este texto latino: *Militat spiritu, militat gladio*.

— ¡Oh, oh! — exclamó don Modesto abriendo desmesuradamente los ojos. — ¿Conque es verdad que añadí ese texto?

— Tengo buena memoria, reverendo prior, — contestó Borromeo bajando los ojos con modestia.

— Si he dicho eso, — repuso Gorenflot meneando suavemente la cabeza, — consiste, hermano Borromeo, en que he tenido mis motivos particulares para obrar así. En efecto, siempre he opinado que era preciso ejercitar el cuerpo, y cuando era simple fraile también combatía con la palabra y con la espada: *Militat... spiritu...* Muy bien, hermano Borromeo; esa es una inspiración del Señor.

— Voy pues á acabar de cumplir vuestras órdenes, reverendo prior, — dijo Borromeo retirándose con el hermano Santiago, que, temblando de alegría, le tiraba por la punta del hábito.

— Id, — dijo majestuosamente Gorenflot.

— ¡ Ah ! reverendo prior, — añadió el hermano Borromeo volviendo á entrar poco después de haber salido ; — se me olvidaba...

— ¿ Qué ?...

— Que en el locutorio está un amigo de vuestra señoría que desea hablaros.

— ¿ Cómo se llama ?

— Maese Roberto Briquet.

— Maese Roberto Briquet no es amigo, hermano Borromeo, sino un simple conocido.

— Es decir que vuestra reverencia no quiere recibirle.

— Sí, por cierto, sí, sí, — contestó Gorenflot con dejadez ; — ese hombre me distrae, y así decidle que suba.

El hermano Borromeo saludó por segunda vez y salió. En cuanto al hermano Santiago, no había hecho más que precipitarse desde la estancia del prior hasta la habitación en que se hallaban depositadas las armas.

Cinco minutos después volvió á abrirse la puerta de la primera, y se presentó Chicot.

II.

Los dos amigos.

Don Modesto Gorenflot no abandonó la devota postura que había tomado.

Chicot atravesó la estancia para acercarse á él.

Lo único que hizo el prior fué inclinar suavemente la cabeza para indicar al recién venido que le había percibido.

Chicot no pareció admirarse de la indiferencia del prior, siguió marchando hasta llegar á cierta distancia del sillón, y saludó :

— Buenos días, señor prior, — dijo.

— ¡Hola! ¿ya estáis aquí, eh? — respondió Gorenflot. — Parece que habéis vuelto á resucitar...

— Eso es decir que me habéis creído muerto.

— Como no os he visto en tanto tiempo...

— He estado sumamente ocupado.

— ¡Ah!

Chicot sabía muy bien que Gorenflot era muy sobrio de palabras cuando no tenía depositadas en el estómago dos ó tres botellas de añejo Borgoña; y como, según todas las probabilidades, en atención á la hora en que con él hablaba, se hallaba todavía en ayunas, eligió un cómodo sillón en el cual se instaló silenciosamente al lado de la chimenea extendiendo sus pies sobre los morillos y recostándose en el blando respaldo de la poltrona.

— ¿Pensáis almorzar conmigo, señor Briquet?

— le preguntó don Modesto.

— Puede que sí, reverendo prior.

— Es preciso que no os incomodéis conmigo, si no puedo acompañaros todo el tiempo que quisiera.

— ¡Y quién diablo os exige vuestro tiempo? Tampoco os he pedido de almorzar, ¡cuerpo de Crispo! al contrario, vos me habéis hecho esa oferta.

— En efecto, señor Briquet, — repuso don Modesto con una inquietud que justificaba la energía de Chicot; — sí, sin duda os lo he ofrecido, pero...

— Pero habéis creído que yo no aceptaría.

— De ninguna manera. ¿Acostumbro acaso á ser cumplimentero, señor Briquet?

— ¡Oh! se acostumbra uno á todo lo que quiere en este mundo, cuando es uno hombre de vuestra superioridad, reverendo prior, — replicó Chicot con aquella sonrisa que le era peculiar.

Don-Modesto le miró guiñando los ojos, porque le era imposible adivinar si Chicot queria divertirse á su costa ó si hablaba seriamente.

Chicot estaba ya en pie.

— ¿Por qué os levantáis, señor Briquet? — le preguntó Gorenflot.

— Porque me marcho.

— ¡Y por qué os marcháis después que habéis dicho que almorzaríais conmigo?

— En primer lugar, no he dicho semejante cosa.

— Es verdad, os lo he ofrecido.

— Y he respondido, puede que sí, y esto no es decir si positivamente.

— ¿Ya os enfadáis?

Chicot se echó á reir.

— ¡ Enfadarme yo ! — dijo. — ¡ Y de qué ?
 ¿ De que sois impudente, ignorante y grosero ?
 ¡ Ah, reverendo y querido prior ! Hace demasiado
 tiempo que os conozco para enfadarme contra vues-
 tros pequeños defectos.

Herido Gorenflot por esta sencilla observación de
 su huésped, permaneció con la boca y los brazos
 abiertos.

— Adiós, señor prior, — añadió Chicot.

— Vamos, quedaos.

— No puedo detener mi viaje.

— ¡ Ah ! ¿ Estáis de viaje ?

— Llevo una misión.

— ¿ De quién ?

— Del rey.

Gorenflot se abismaba de una reflexión en otra.

— ¡ Una misión ! — exclamó. — ¡ Una misión
 del rey ! ¿ Luego habéis vuelto á verle ?

— Sin duda.

— ¿ Y cómo os ha recibido ?

— Con entusiasmo, porque, aunque es rey, tiene
 buena memoria.

— ¡ Una misión del rey ! — murmuraba el prior.

— ¡ Y me llama impudente, ignorante y grosero !

Su corazón se deshinchaba poco á poco, como un
 globo que deja salir el viento que lo sostiene, cuan-
 do se llena de agujeros.

— Adiós, — repitió Chicot.

Gorenflot se incorporó y detuvo al fugitivo, quien
 sea dicho en honor de la verdad, se dejó contener
 sin gran violencia.

— Vamos, — dijo el prior, — expliquémonos
 francamente.

— ¿ Sobre qué ?

— Sobre esa susceptibilidad que hoy manifestáis.

— El mismo soy ahora que siempre.

— No.

— Un espejo sencillo y fiel de los hombres con
 quienes estoy.

— No.

— Si os reís, me río ; si me miráis con mal ges-
 to, pongo una cara de demonio.

— No, no, mil veces no.

— Sí, sí, mil veces sí.

— Pues bien, lo confieso, me habéis encontrado
 distraído.

— ¿ De veras ?

— ¡No seréis indulgente con un hombre que se entrega á los más penosos trabajos? ¡Tengo por ventura cabeza para tanto, Dios mío? ¡No es éste priorato semejante al gobierno de una provincia? Pensad que mando aquí á doscientos hombres, que soy á la vez ecónomo, arquitecto, intendente, y todo esto sin tomar en cuenta mis demás funciones espirituales.

— ¡Oh! En efecto, eso es demasiado para un indigno servidor de Dios.

— Me habláis con mucha ironía, — dijo Gorenflot. — ¡No tenéis ya caridad cristiana, señor Briquet?

— Es decir que en otro tiempo la tenía...

— Se me figura que hay en eso algo de envidia; pero en eso no hacéis bien: acordaos de que la envidia es un pecado mortal.

— ¡Algo de envidia! Decidme, ¿qué es lo que puedo envidiar?

— Apuesto á que estáis diciendo entre dientes: El prior don Modesto Gorenflot sube progresivamente, está en escala ascendente.

— En tanto que yo me encuentro en escala descendente, ¿no es eso? — repuso irónicamente Chicot.

— La causa de eso está en vuestra falsa posición, señor Briquet.

— Señor prior, acordaos del texto del Evangelio.

— ¿De qué texto?

— Del que dice: El que se eleva será humillado, y el que se humilla será elevado.

— ¡Bah! — hizo Gorenflot.

— ¡Buenos estamos! ¡este hereje no cree ya en los textos sagrados! — exclamó Chicot juntando las manos.

— ¡Hereje! — repitió Gorenflot; — herejes lo son los hugonotes.

— Entonces sois un cismático.

— Veamos qué es lo que queréis decir, señor Briquet, porque verdaderamente me estáis deslumbrando.

— Nada, sino que estoy de viaje y que vengo á despedirme de vos.

— Pero no me dejaréis de ese modo.

— Sí, ¡vive Dios!

— ¿Vos?

— Sí, yo,

— ¿Siendo mi amigo?

— En la fortuna no hay amigos.

— ¿Vos, Chicot?

— Yo no soy ya Chicot; vos mismo acabáis de echármelo en cara.

— ¡Yo echároslo en cara! ¿Cuándo?

— Al hablarme de mi falsa posición.

— ¡Echároslo en cara! ¡Ah! qué lenguaje tenéis hoy!

Y el prior inclinó su rolliza cabeza, cuya triple barba quedó confundida en una sola bajo su pescuezo de toro.

— Chicot le observaba al soslayo, y le vió ponerse algo pálido.

— Adiós, y no me guardéis rencor por las verdades que os he dicho.

É hizo un movimiento para salir.

— Decidme cuanto queráis, señor Chicot, — replicó don Modesto; — ¡pero no me miréis de ese modo!

— ¡Ah, ah! Es algo tarde.

— Nunca es tarde, y nadie emprende la marcha sin alimentarse; porque ¡qué diablo! no es saludable, según os lo he oído decir veinte veces: por consiguiente, almorcemos.

Chicot estaba resuelto á recobrar de una sola vez todas sus ventajas, y así le contestó;

— No, á fe mía, pues aquí se almuerza muy mal.

Gorenflot había sufrido con algún valor las anteriores embestidas, pero la última le desconcertó enteramente.

— ¿Conque se almuerza mal aquí? — preguntó sin saber lo que decía.

— Al menos es mi parecer, — dijo Chicot.

— ¿No os agradó la última comida que os puse?

— Todavía tengo en el paladar su sabor maldito.

¡Puf!

— Habéis dicho ¡puf! — exclamó Gorenflot alzando las manos al cielo.

— Sí, por cierto, he dicho ¡puf! — respondió Chicot resueltamente.

— Pero ¿por qué? Hablad.

— Porque las chuletas de cerdo estaban enteramente quemadas.

— ¡Oh!

— Porque las orejas rellenas no crujían entre los dientes.

— ¡Oh!

— Porque el capón con arroz no tenía sustancia.

— ¡ Justo Dios !

— Porque el guisado tenía mucha grasa.

— ¡ Misericordia !

— Porque en el caldo sobrenadaba una especie de aceite que todavía me revuelve el estómago.

— ¡ Chicot, Chicot ! — dijo suspirando don Modesto, como César, cuando al expirar decía á su asesino : ¡ Bruto, Bruto !

— Por otra parte, tampoco podéis acompañarme mucho tiempo.

— ¡ Yo ?

— Me habéis dicho que os hallabais ocupado. ¿ Es cierto ó no ? Lo único que os faltaba era ser embustero.

— Es que puedo dejar para otra hora mi ocupación, supuesto que sólo se trata de recibir á una solicitante.

— Pues bien, recibidla.

— No, no, mi querido Chicot, y eso que me ha enviado cien botellas de vino de Sicilia.

— ¿ Cien botellas de vino de Sicilia ?

— Á pesar de todo, no quiero recibirla, aun

cuando probablemente es una gran señora, porque no quiero recibir hoy más que á mi amigo Chicot. Quiere ser mi hija de confesión esa dama ; pero, si lo exigís, le negaré mis consejos espirituales, aconsejándole que busque otro director.

— ¿ Sois capaz de hacer eso ?

— Sí, por almorzar en vuestra compañía, por reparar mis anteriores faltas.

— vuestras faltas nacen de vuestro orgullo, don Modesto.

— Amigo mío, me humillaré.

— Y de vuestra insolente pereza.

— Chicot, Chicot, desde mañana mortificaré mi cuerpo, mandando el ejercicio á todos los religiosos de esta santa casa.

— ¿ Qué significa eso ? ¿ Qué ejercicio ? ¿ El del tenedor ?

— El ejercicio de armas.

— ¡ De armas !

— Sí, y cuidado que cansan mucho las voces de mando.

— Pero, ¿ mandáis el ejercicio de armas á los Dominicos ?

— Hasta ahora no ; pero lo mandaré.

- ¿ Desde mañana ?
- Desde hoy, si lo exigís.
- ¿ Y quién demonios ha discurrido eso ?
- Según parece yo mismo.
- ¡ Vos ! Imposible.
- Como lo oís ; yo he dado las órdenes convenientes al hermano Borromeo.
- ¿ Qué casta de pájaro es ese ?
- ¡ Ah ! Es verdad que no le conocéis.
- Pero ¿ quién es ?
- El tesorero de la comunidad.
- ¿ Y cómo tienes, belitre, un tesorero á quien yo no conozco ?
- Está aquí desde vuestra última visita.
- ¿ De dónde ha venido ?
- Me lo ha recomendado el cardenal de Guisa.
- ¿ En persona ?
- No, por medio de una carta.
- ¿ Será por ventura una especie de Milano que he encontrado en la portería ?
- Él mismo.
- ¿ El que me ha anunciado ?
- Sí
- ¡ Oh, oh ! ¿ Y qué méritos tiene el tal teso-

rero para que el cardenal de Guisa te lo haya recomendado tanto ?

- Es tan matemático como Pitágoras.
- ¿ Y con él habréis arreglado, señor prior, esa farsa de ejercicio de armas ?
- Sí, amigo mío.
- Es decir que os ha propuesto armar á los frailes...
- No, no, señor Chicot; la idea es mía, me pertenece enteramente.
- ¿ Con qué objeto habéis tenido esa idea ?
- Con el objeto de armar á los frailes.
- ¡ Afuera orgullo, pecador endurecido ! porque el orgullo es un pecado mortal : no es vuestra semejante idea.
- Mía ó suya... ciertamente no puedo deciros á cuál de los dos ha ocurrido. Pero... no hay duda, me ha ocurrido á mí, y aun recuerdo que con tal motivo pronuncié un texto latino muy prudente y de gran mérito.
- Chicot se acercó al prior.
- ¿ Vos pronunciasteis un texto latino, querido prior ? — preguntó Chicot; — ¿ y os acordáis de él ?

— *Militat spiritu...*

— *Militat spiritu, militat gladio.*

— ¡ Eso es ! ¡ eso es ! — exclamó don Modesto con entusiasmo.

— Vamos, vamos, no cabe justificarse con más gracia que lo hacéis, don Modesto ; os perdono.

— ¡ Ah ! — exclamó Gorenflot enternecido.

— Sois siempre mi amigo, mi mejor amigo.

Gorenflot se enjugó una lágrima.

— Pero, almorcemos, y seré indulgente con el almuerzo.

— Escuchad, — dijo Gorenflot con entusiasmo, — voy á mandar decir al hermano cocinero que si no nos presenta un almuerzo regio, le mando encerrar en un calabozo.

— Sí, decídselo, sois aquí el amo, mi querido prior.

— Y descorcharemos algunas botellas de la penitente.

— Yo os auxiliaré con mis luces, amigo mío.

— ¡ Dejadme abrazaros, Chicot !

— ¡ No me aboguéis, y hablemos !

III.

El almuerzo.

Gorenflot no tardó en dar sus órdenes, pues si, como él decía, el digno prior estaba en la escala ascendente, lo estaba con especialidad en lo concerniente á los pormenores de una buena comida y los progresos de la ciencia culinaria.

Don Modesto mandó llamar al hermano Eusebio, el cual compareció no ante su prior, sino ante su juez ; pues por el modo con que le habían llamado